



Mi experiencia en Somos científicos

Siempre he creído que una de las obligaciones de todo científico es dedicar parte de su tiempo a la divulgación de sus hallazgos, una manera de hacer que la sociedad se interese por la ciencia y se implique en su desarrollo. Por eso, siempre que he tenido oportunidad he participado en eventos divulgativos, desde charlas en colegios, hasta las jornadas de puertas abiertas que hacemos en los yacimientos de Batallones. Y es entonces cuando la mencionada “obligación” se transforma en un auténtico placer, por ejemplo, al ver a los niños absolutamente alucinados con los cráneos de félicos dientes de sable que les enseñamos. Su entusiasmo es tal que incluso se atreven a preguntar curiosidades como si el cráneo es de verdad, o si pueden pasar el dedo para notar el borde aserrado de sus caninos. En esos momentos uno se da cuenta de la capacidad que tenemos los científicos para despertar vocaciones en los más pequeños, e incluso para revitalizar las que surgieron hace años, pero no llegaron a desarrollarse por falta de medios o de ocasión. Y es que, tanto mayores como pequeños disfrutan por igual descubriendo lo que hacemos los científicos, y para nosotros es realmente estimulante sentir y multiplicar esa curiosidad, que es la base de todo aprendizaje.

Por eso cuando surgió la posibilidad de participar en *Somos científicos*, una actividad que me pondría en comunicación directa con escolares de toda España, me apunté sin dudar. Era un reto interesante, ya que no es lo mismo dar una charla

“Estas actividades te hacen ver la capacidad que tienes para despertar vocaciones y multiplicar la curiosidad, que es la base del aprendizaje”



De izquierda a derecha: Manuel Salesa, Cristina Cánovas, Celia Santos, Luis Barreda y Mikel Calle, los trabajadores del MNCN que participaron en la última edición de *Somos Científicos*. **Pinchando en la imagen** puedes acceder al vídeo que resume la actividad.

divulgativa ante una audiencia callada y tranquila, que participar en *chats* de media hora con grupos de estudiantes de edades diversas, prestos a sorprender al moderador y preguntar casi cualquier cosa. Sin embargo, sabía que merecería la pena, y, tras participar en la actividad, puedo constatar que así fue. Durante dos semanas estuve contestando a las preguntas que los estudiantes iban planteando, y, al menos dos veces al día, participando en los

mencionados *chats*. Las preguntas fueron muy variadas, y casi todas relacionadas con los dientes de sable o los dinosaurios, dado que en mi perfil se explicaba que soy paleontólogo. Pero dada la cantidad de encuentros digitales en los que participé, hubo ocasiones en las que los estudiantes demostraron más sentido del humor del que me esperaba, y me encontré con preguntas inesperadas que me arrancaron más de una carcajada: “¿os sabéis todos los países y capitales de Europa?”, “¿os gustan los niños? ¿y el inglés?”, “¿por qué soñamos cosas raras cuando cenamos mucho?”, “¿qué sueles llevarte de comer al museo?”, “¿te gusta el género musical K-pop?”. Algunas incluso planteaban curiosos dilemas morales y profesionales: “¿Qué preferirías, ser analfabeto, pero con el poder de leer las mentes, o poder leer?”, “¿trabajas por trabajar o con el fin de mejorar la humanidad?”. Yo, que siempre busco un hueco para el humor en todo lo que hago, me sentí cómplice de estos escolares, imaginándome a mí mismo con 12 años, participando en uno de esos *chats*, y preguntando al investigador-víctima en cuestión cosas de este tipo, incluso peores. Sin embargo, estoy seguro de que todos ellos disfrutaron con su acercamiento a la Ciencia y con la oportunidad de poder hablar de tú a tú con un científico, al igual que yo disfruté contestando a sus preguntas e imaginando cuántas vocaciones estaría despertando, y cuántos de ellos estarán en mi lugar dentro de algunos años.

Manuel J. Salesa

